

Reseñas

HAMMOND, Norman, y WILLEY, Gordon R. *Maya archaeology and ethnohistory*. University of Texas Press. Austin and London. San Antonio, Texas, 1979. 262 pp. 67 ilustraciones.

Norman Hammond y Gordon Willey recopilan en este libro los trabajos presentados en el 2.º Simposium de investigaciones arqueológicas recientes en Mesoamérica, celebrado en Cambridge en agosto de 1976.

Dichos trabajos giran en torno a un tema central que los autores definen como «la naturaleza de la estructura social y política de los antiguos mayas y sus grados de aproximación a la civilización y al urbanismo».

El libro está dividido en tres partes. La primera, bajo el título de «Interpretaciones teóricas», comprende una serie de artículos sobre la génesis, desarrollo y colapso de la cultura clásica de las tierras bajas mayas. Los autores son Marshall Becker, Bruce Dahlin, Clemence Coggins, George Cowgill y Dennis Puleston. La segunda parte es una amplia exposición de los trabajos de campo más recientes de Gordon Willey, Richard Leventhal, B. L. Turner, Jacinto Quirarte, Merle Greene Robertson y Susana Eckholm, en los que se trata de patrones de asentamiento, arte, iconografía, etc. Por último, la tercera parte recoge diferentes interpretaciones etnohistóricas del Postclásico tardío y de la colonización, con trabajos de Peter Harrison, Thomas Lee, Arthur Miller, Nancy Farriss y Gordon Brotherston.

El plato fuerte es, sin duda alguna, el primer capítulo, especialmente los trabajos de Cowgill, Coggins y, sobre todo, el del malogrado Puleston. Por distintos caminos abordan todos ellos el mismo tipo

de problemas, ofreciendo soluciones para todos los gustos. Las de Puleston son particularmente ingeniosas.

Los precursores de la mayística pensaban que los Centros ceremoniales eran grandes núcleos de población al estilo de las ciudades del viejo mundo. Fue Thompson el primero en considerar que se trataba solamente de recintos palaciegos y templarios, introduciendo el concepto de «ciudades vacantes» habitadas sólo por una aristocracia sacerdotal y sostenidas por un campesinado disperso en su *hinterland*. Actualmente se está retomando la primera hipótesis sobre todo a partir de las averiguaciones de Havilland (Tikal, 1970).

Es ésta la línea en la que Becker desarrolla su trabajo planteando la dicotomía existente entre los modelos preconcebidos de ciudad que se han pretendido aplicar y la función real de los Centros ceremoniales expresada en términos de su contribución a la producción agrícola. A partir de aquí Becker y Willey entablan una polémica bastante bizantina sobre la aplicabilidad del modelo de «verdadera ciudad» al caso maya. Y digo esto porque esa polémica es ya clásica en la historia del pensamiento urbanístico. Fue planteada en la reunión preparatoria de los CIAM¹, en La Sarraz (1928), y su tratamiento quedó recogido en las resoluciones del segundo y tercer Congresos (1929, Frankfurt, y 1930, Bruselas) e incluso en el texto de la propia Carta de Atenas (1933).

La urbanística cuenta con excelentes ejemplos en los proyectos de Le Corbusier (Ville Radieuse), Franck Lloyd Wright (Broadacre) y Sert (Ciudad de los Motores), en los que se nos muestra, no sin una considerable aportación utópica, la ciudad funcionalmente planificada desde su origen, y es en este aspecto precisamente donde ni Becker ni Willey parecen interesarse. El Centro ceremonial, sea considerado como «verdadera ciudad», es decir, adición secuencial de unidades urbanas de distinto carácter y función, o como «ciudad vacante», o sea, planificado desde su origen en base a la productividad agrícola, va a ser invariablemente el núcleo centralizador de las instituciones gubernativas, religiosas, comerciales, culturales y artísticas. En él se practicará una economía de tipo «urbano» y en él también canalizará sus transacciones una clase media de «comerciantes» en continuo ascenso.

¹ Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna, celebrados entre 1928 y 1933, en los que se reunieron los principales arquitectos racionalistas de la época (Gropius, Oud, Rietveld, Mies van der Rohe, Loos, Le Corbusier, Jeanneret, Ginzbourg, Lissitzki, Sartoris, García Mercadal y un largo etcétera) para replantear las directrices de la arquitectura del movimiento moderno y ofrecer nuevas alternativas urbanísticas de carácter más racional y de escala más humana. Culminaron con la publicación de un documento final conocido como La Carta de Atenas

Por tanto, que el campesinado resida o no en el propio recinto del Centro ceremonial no parece que vaya a determinar el carácter funcional de éste. Lo que sí puede determinarlo, y esto lo dan por supuesto tanto Becker como Willey, es la posible concepción apriorística del Centro ceremonial por parte de la élite dirigente ya consolidada, para desarrollar en él sus funciones; o si esta planificación no existe y entonces la consolidación de esa élite es simple consecuencia de la dinámica productiva «urbana» generada en una aglomeración residencial de corte «europeo».

La conclusión a la que llegan los autores es que «queda mucho aún para hallar el camino de una interpretación absolutamente objetiva y que todavía los arqueólogos inician sus investigaciones condicionados por los presupuestos de la escuela a la que están adscritos», proponiendo finalmente como una concesión a la objetividad el término «Centro organizacional» introducido por Webster como preferible a «Centro ceremonial» o «ciudad» para los grandes asentamientos de las tierras bajas mayas.

Dahlin y Coggins se interesan por el desarrollo cultural de los mayas de la zona central desde el Formativo y por las influencias que llegaron desde el exterior. Concretamente, Dahlin piensa que, tras la erupción del Ilopango, gentes procedentes de la zona de El Salvador se trasladaron hacia el norte y ocuparon las tierras bajas. La secuencia de esta migración está recogida en los complejos cerámicos Holmul y Floral Park de Belice. Dahlin piensa que estas gentes introdujeron el cultivo del cacao estableciendo una simbiosis económica con la zona central de las tierras bajas, especialmente Tikal, y que esta circunstancia estimuló el desarrollo de la propia zona central, dando a entender el posible control de Belice por parte de Tikal. De esta manera se vería favorecido el modelo de «verdadera ciudad» en base al comercio bilateral en este eje a partir del Formativo tardío. Parece lógico suponer que la inmediata consecuencia sería el surgimiento del sector terciario —servicios—, lo cual otorgaría automáticamente carácter ciudadano a los núcleos de población.

La argumentación de esta hipótesis debe ser tenida en cuenta, pues la secuencia Floral Park está indicando la migración citada, en contra de los supuestos de una difusión cultural autóctona de las tierras bajas basada en hallazgos casuales y dispersos.

Coggins basa su trabajo en la iconografía y en la escritura jeroglífica de la propia Tikal. Define un período clásico-medio que abarcaría los 200 años siguientes al reinado de Chac-Ikal-Kaan «Cielo tormentoso» y precedentes a la entronización de Caan Tz'Acab «Gran señor del cacao». Este período se corresponde aproximadamente con el hiatus del clásico maya y se caracteriza por el retroceso cultural consecuencia de la ruptura de relaciones con Teotihuacán.

Es interesante el análisis que hace Coggins sobre la relación Tikal-Teotihuacán. Considera a Nii-Hokob «Nariz rizada» como el fundador de la dinastía «teotihuacana» clásica-temprana en Tikal. Durante su gobierno —afirma Coggins— se entroncaron los rituales calendáricos teotihuacanos con las tradiciones mayas, lo que significó la consagración de una nueva política mercantilista de inspiración teotihuacana en la conservadora y ancestral sociedad maya. Esta filosofía permaneció durante los reinados de «Nariz rizada» y «Cielo tormentoso» hasta el período clásico-medio (480-680), dando lugar a una dialéctica permanente entre los valores tradicionales autóctonos y las nuevas aportaciones.

Es evidente que los contactos comerciales con las gentes del sur, mediatizados por los grupos de inmigrantes salvadoreños —según Dahlin—, pudieron incrementar las riquezas de las tierras bajas, pero no cabe duda que también se incrementarían las tensiones sociales, sobre todo si —como apunta Coggins— es previsible que los linajes aristocráticos intentaran canalizar, controlar y restringir —en una palabra: monopolizar— en su provecho los contactos comerciales. Coggins piensa que los mayas de las tierras bajas nunca supieron concretar la síntesis cultural propuesta por «Nariz rizada», que en parte resolvería la dicotomía entre la previsible orientación autóctona hacia los Centros ceremoniales y el paso hacia la «verdadera ciudad» que caracteriza a otras partes de Mesoamérica. Cowgill estima que una posible razón sería la predisposición de los pequeños estados a un guerrear endémico entre sí.

Comparando la situación en lugares como Teotihuacán, China y la antigua Grecia lanza la hipótesis de que los dirigentes de las ciudades de las tierras bajas centrales propiciaron un insólito crecimiento demográfico en aras de la supremacía militar. Esta política revierte obviamente el proceso indicado por Webster de que la guerra es el resultado de un crecimiento demográfico desmesurado. La gráfica de crecimiento poblacional de las tierras bajas presenta numerosos altos y bajos, siendo la época de mayor concentración humana la correspondiente al clímax cultural del clásico tardío. Aunque Cowgill rechaza la idea de que dicho excedente de población fuera la causa que precipitó el colapso, plantea que la permanente actividad bélica entre las ciudades-estado conduciría a una situación de desgaste general que imposibilitaría cualquier intento de integración política. De todas formas, y hay razones de peso para creer que la famosa «pax maya» es pura utopía, las continuas guerras no hacen sino reflejar los intentos de los gobernantes mayas por evolucionar mediante el sometimiento hacia una organización de tipo estatal y, por tanto, de «verdadera ciudad» como en el resto de Mesoamérica, por lo menos en la última parte del clásico.

El trabajo de Puleston acerca del fatalismo maya y de su irremediable destino hacia el «gran colapso» es capaz de poner los pelos de punta a todo materialista convencido.

Parte del hecho constatado de que los mayas tenían una visión cíclica de la historia, y observando su calendario se da cuenta de que un katún del mismo nombre se repite en la rueda de los katunes al cabo de 256 años y con él debían repetirse los acontecimientos históricos que le caracterizaron. Las profecías de los Chilam Balam recogen esta circunstancia en el abandono de Chichén por los itzaes y en la caída de Mayapán aproximadamente 260 años después. Contando hacia atrás en el tiempo, Puleston observa que el abandono de Chichén precede al «gran colapso» precisamente en otros 13 katunes, e incluso con anterioridad el mínimo cultural del hiatus ocurrió curiosamente otros 13 katunes antes que el colapso clásico.

Puleston plantea entonces la propuesta de si la ideología (un error epistemológico o un mito que se otorga validez a sí mismo) puede dar lugar a un *feed-back* positivo que genere la autodestrucción de su propio sistema cultural. Los ciclos de katunes tenían innegables dimensiones míticas y sanciones sobrenaturales identificables por los sacerdotes y sus discípulos. ¿Era su fatalismo una expresión subconsciente de las tensiones e inestabilidades existentes en su cultura? ¿Eran de alguna manera conscientes de que el estado urbano siempre quedaría más allá de su alcance y que sus esfuerzos para conseguirlo siempre les llevarían al desastre?

Willey y Leventhal plantean el significado sociopolítico de las agrupaciones de asentamiento en el valle de Copán, abundando en la problemática de «verdadera ciudad» planteada por Becker. Existe una evidente nucleación residencial en torno al «Centro organizacional» atendiendo a los asentamientos habitacionales distribuidos en toda la extensión del valle aunque el patrón urbano sea distinto que el de otras ciudades de Mesoamérica, donde las unidades de vivienda alcanzan la disposición «calle con calle». De todas formas este trabajo pone de manifiesto lo inadecuado que resulta intentar encuadrar las ciudades mayas del período clásico en los esquemas tipológicos que el urbanismo aplica sistemáticamente a los diferentes modos de producción agrícola y la necesidad de encontrar su identidad en un modelo empírico, particular y localizado.

Turner habla de los aterrazamientos extensivos de la zona de Río Bec en el clásico tardío y de las implicaciones de este tipo de cultivos con la toma de conciencia sobre los problemas derivados del mantenimiento de grandes poblaciones.

Finalmente, del conjunto de trabajos de campo arqueológicos y etnohistóricos de la última parte del libro vale la pena mencionar la interpretación que Gordon Brotherston, Rueda de los katunes en

mano, hace de la resignación con que los mayas posclásicos recibieron la presencia de los españoles como otro de los designios que su propio sistema calendárico les tenía reservado. Según Brotheston, con la misma filosofía hubieron de tomarse las invasiones de los itzaes, los toltecas e incluso los teotihuacanos, añadiendo cierta dosis de cinismo al acomodarse y sincretizar su sistema de creencias con las expresiones formales procedentes de un corpus teológico que sin duda consideraban inferior al suyo, pero que no tenían más remedio que soportar.

Fernando CABALLERO BARUQUE

GULIAEV, Valeri I. *Ciudades-estados de los mayas*. Academia de Ciencias de la URSS. Instituto de Arqueología. Moscú, 1979. Editorial Nauka. 304 pp. 20 ilustraciones, 2 despleables.

Parece ser que en los últimos años ha quedado establecida la afinidad de los principios de formación en las civilizaciones antiguas del Nuevo Mundo y de los estados clásicos tempranos de Mesopotamia, Egipto, Valle del Indo, etc. Siendo así es permisible utilizar ampliamente métodos comparativos para analizar las culturas antiguas de ambos hemisferios, y lo que es especialmente sorprendente, la aplicación de los supuestos teóricos del marxismo-leninismo sobre la naturaleza de la sociedad y del estado en el Antiguo Oriente tiene idéntica validez, según Guliaev, para el estudio de la América precolombina. Vamos a no preguntar por las aportaciones propias de Lenin a este respecto porque eso es harina de otro costal.

Este trabajo trata sólo de las ciudades más antiguas en las sociedades clásico tempranas. Para estudiar el proceso de crecimiento teórico de dichas ciudades, Guliaev emplea materiales de las civilizaciones urbanas de Mesopotamia, Egipto, Mesoamérica y Los Andes, si bien establece sus conclusiones sólo en función de los datos extraídos de Sumer y de la Mesoamérica meridional —área maya—, debido a que aporta un contingente de 15 ó 20 ciudades susceptibles de estudio por comparación, obviamente mayor que el resto de las culturas mesoamericanas, que sólo nos dejan 2 ó 3 centros como mucho.

Las primeras ciudades —refiriéndose estrictamente a lo que entendemos como Centro ceremonial— aparecen al comenzar el primer milenio de nuestra Era, y ante la palpable escasez de material arqueológico que aporte información suficiente sobre este período formativo, Guliaev recurre a la simple traslación de datos de procedencia mesopotámica para, «partiendo de los fenómenos más estudiados y conocidos hacia los menos comprensibles, poder proyectar la luz de las tradiciones históricas de las vísperas de la conquista sobre los «siglos oscuros de la historia maya». A esto lo llama método retrospectivo.

No vamos a plantear la conveniencia de estudiar las culturas formativas bajo las directrices establecidas en el modo de producción asiático. Ni a exigir exactitudes incuestionables a la hora del cumplimiento de sus hipótesis. No, porque se trata de un modelo que maneja unas cuantas premisas conceptuales cuya significación depende en gran parte de las circunstancias particulares de la sociedad que se esté estudiando. Pero Guliaev no se queda en el modelo teórico, sino que empieza por el final. Parte de unos supuestos preestablecidos que trata de encontrar sin importarle forzar los casos posibles en que no se den.

¿Cómo se puede pretender investigar algo tan difuso como lo que se encierra en el término «ciudades-estado» aplicando a la situación maya la categoría de respuestas formales, y recalco lo de respuestas formales, que por muy adecuada que les resultara a los sumerios para resolver su propia problemática hidráulica sería por lo menos arriesgado y, desde luego, optimista suponer que los arquitectos mayas de todas las «ciudades-estado» de las tierras bajas centrales encontrasen unánimemente la solución a sus problemas planificatorios? Que probablemente fueran similares a los de sus colegas mesopotámicos, o por lo menos existirían necesidades parecidas, pero éstas pertenecerían al contexto sociocultural sumerio, no al maya, y la urbanística da respuesta a problemas estrictamente locales. En ningún caso es válida la adopción de formas, no ideas, de planeamiento foráneas sin la absoluta seguridad de su adecuación a los requerimientos locales, y ni aun así. Las figuras de planeamiento son únicas e intrasladables a otros entornos. Los conceptos ya no, pero a este libro no le interesan. Y es que Guliaev se mueve con asombrosa habilidad por los abismos conceptuales que separan las escalas ideológicas de los problemas a resolver, de las escalas formales, epidérmicas o simplemente técnicas de las soluciones adoptadas.

Primero habría que definir lo que es una «ciudad estado». ¿Es un núcleo aglutinador de población con un pequeño territorio en torno del cual se nutre? ¿O es un centro formado por la continua adición de construcciones religiosas para dar respuesta a las necesidades económicas de la población? Que sabiamente canalizadas por los sacerdotes les permitirá ir incrementando dichas necesidades hasta requerir para su control de mecanismos administrativos, es decir, de un gobierno, y sin posibilidad de vuelta atrás, pues la dinámica productiva alcanzada hace que la población no pueda prescindir de sus especialistas. Habrá entonces necesidad de comercio, de almacenamiento, de redistribución, y sobre todo habrá una creciente obsesión por mejorar el rendimiento, para lo que se recurrirá a la astronomía, a la matemática, al calendario, a los augurios y a la magia. Esto naturalmente irá consolidando la posición de la élite sacerdotal

hasta que se apropie de esas necesidades que en un principio fueron de todo el pueblo.

Pero lo que aquí nos interesa es que aunque en ambos casos los materiales que ofrezca el registro arqueológico puedan ser parecidos, las respuestas formales equivalentes e incluso el tejido urbano pueda corresponderse, no se puede garantizar en modo alguno que los presupuestos formales de la ciudad sean los mismos, ni en sus orígenes ni en su posterior evolución.

Y si volvemos la oración en pasiva, tenemos que ante una supuesta identidad de necesidades, ¿debe haber, en medios ecológicos claramente distintos, también una identidad en las soluciones formales? Pues esto es lo que propone Guliaev, quien, por si había supuesto poco, decide suponer *a priori* cuáles son las ciudades «capitales» de las tierras bajas centrales mayas, aunque confiese en una especie de voz baja que «no todas ellas están argumentadas por los materiales de una manera igualmente convincente, pero eso depende completamente del estado actual de las fuentes». Absolutamente perplejos tras este alarde de rigurosidad, y más aún cuando leemos los criterios de selección —seguridad de que existieron reyes; hallazgo de signos externos de toda índole que reflejen lujo y poder, y un número suficiente de estructuras arquitectónicas que permita suponer una fuerte concentración demográfica—, asistimos a la presentación de la lista de las dieciocho supuestas capitales de los estados-ciudad mayas en el área central del primer milenio de nuestra Era.

Las afortunadas son las siguientes: Tikal, Uaxactún, Yaxhá, La Honradez, Naranjo, Calakmul, Nakum, Palenque, Yaxchilán, Piedras Negras, Ceibal, Altar de Sacrificios, Toniná, Pusilhá, Xultún, Naachtún, Quiriguá y Copán. Ni una más ni una menos. ¿Y qué pasa con Lubaantún, con Xunantunich, con Barton Ramie, con Altun Ha, El Mirador, Comalcalco, Bonampak, Chinikihá, Holmul, Tzibanché, El Tortuguero, Benque Viejo y tantas y tantas otras que también tuvieron soberanos, lujo y arquitectura monumental en abundancia?

Fernando CABALLERO BARUQUE

ALCINA FRANCH, José. *La Arqueología de Esmeraldas (Ecuador)*. Introducción general. Memorias de la Misión Arqueológica Española en el Ecuador. Ministerio de Asuntos Exteriores. Dirección General de Relaciones Culturales. Madrid, 1979. Vol. I. 165 pp. 16 láminas.

Es el primer volumen de una serie de trece que comprenden los trabajos llevados a cabo por la Misión Arqueológica Española en el Ecuador.

Está planteado como una introducción general donde el autor y director del proyecto explica sus objetivos, planteamientos teóricos y características del mismo.

La zona elegida para la investigación fue la costa norte de Ecuador, y más concretamente la provincia de Esmeraldas; y aunque el proyecto tenía como base el trabajo arqueológico se intentó desde un principio aglutinar distintas disciplinas con un objetivo común: «un conocimiento lo más amplio y científico del área elegida». Es así cómo etnólogos, lingüistas, etnógrafos, geólogos, entre otros, tomaron parte activa en las investigaciones.

La introducción al área de estudio es detallada y enfocada desde varios puntos de análisis. Sus límites quedaron fijados por los siguientes lugares: Punta Verde (al norte), Tonchigüe (al sur), ambos en la costa, y Tabiazo, en el interior, en la cuenca del Tiaone. Esta zona se redujo en el caso de los estudios arqueológicos.

La influencia del Océano Pacífico (Corriente del Niño), de su sistema hidrográfico y de su clima configuran una topografía y vegetación determinada que nos hará comprender mejor la adaptación del hombre a este ecosistema en concreto. El conocimiento y estudio de la zona dio lugar a numerosos estudios complementarios.

Durante seis temporadas se realizó el trabajo de campo, localizándose nueve sitios arqueológicos situados entre las ciudades de Esmeraldas y Atacames.

Balao, La Propicia y Atacames fueron las excavaciones más extensas, pues cada uno de los lugares elegidos pertenecía en teoría a una fase cultural con el fin de abarcar toda una secuencia cronológica.

Toda la investigación estaba construida sobre unos planteamientos teóricos basados en dos enfoques: 1) el histórico-cultural y 2) el ecológico-cultural, que se desarrollaron simultáneamente. Entendiendo por histórico-cultural «la determinación de la secuencia histórica de una región, la sucesión de sus culturas, definiéndolas para poder determinar sus semejanzas y diferencias». Mientras que el enfoque ecológico-cultural pretende «descubrir los procesos de adaptación de una determinada sociedad a un medio ambiente preciso, las variaciones y contactos establecidos como consecuencia de ello».

Dentro del capítulo dedicado a la metodología podemos encontrar no sólo las técnicas tradicionales aplicadas en arqueología (exploración, estratigrafía, seriación, fotografía aérea...), sino la aplicación de la Informática en los métodos de seriación y el estudio de los patrones de asentamiento de la zona.

El estudio etnográfico se centralizó en los Cayapas, grupo del que se tenía información (Barrett, 1925) y que muy posiblemente estuviera emparentado con los que habitaban la zona de trabajos arqueológicos. Los objetivos lingüísticos también partieron del estudio de este grupo.

Del resto de las disciplinas que aportaron sus trabajos a la investigación es de destacar la Antropología Física en el estudio de los restos óseos de los enterramientos encontrados en Atacames, de gran interés por la dificultad de su conservación.

El último capítulo del volumen presenta un estudio general denominado «La arqueología de Esmeraldas, hoy», donde se resumen los primeros datos arrojados por la investigación y obtenidos del C-14.

Basándose en la cronología de B. Meggers para la costa ecuatoriana, el autor sitúa en ella tres nuevas fases arqueológicas:

Formativo Tardío (1500-500 a. C.)	Fase Tachina
Desarrollo Regional (500 a. C.-500 d. C.) ...	Fase Tiaone
Integración (500-1500 d. C.)	Fase Balao

Sitúa y define estas tres fases según los hallazgos y colecciones arqueológicas encontradas. Objetos de material diverso (figurillas, cuchillos, vasijas) o de distinta función (punzones, agujas, pesas de red, ralladores...) nos dan a conocer una cultura que en algunos casos denota una clara influencia (posibles relaciones comerciales) y en otros unas características y rasgos que reflejan un estilo propiamente local.

Todo el volumen está ilustrado con cuadros, planos y fotos explicativas que complementan las explicaciones y facilitan la comprensión del texto, así como una extensa bibliografía sobre el Ecuador: fuentes históricas, arte, arqueología, metodología, relaciones comerciales...

En conjunto, en este primer volumen encontramos los datos generales que son imprescindibles para una introducción en el estudio de la costa de Esmeraldas.

Alicia ALONSO SAGASETA DE ILURDOZ

TUDELA DE LA ORDEN, José. *Códice Tudela*, 2 vols. Prólogo: Donald Robertson. Epílogo: Wigberto Jiménez Moreno. Reproducción autorizada de las tablas de Ferdinand Anders y Jeffrey K. Wilkerson. Colección: «Hace quinientos años en América», núm. 1. Ediciones de Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación. Madrid, 1980. 320 pp. y la reproducción facsimilar del código.

Con esta esperada publicación, las Ediciones de Cultura Hispánica inician una nueva colección llamada «Hace quinientos años en América», destinada a conmemorar el 500 aniversario del descubrimiento

del Nuevo Continente. Este acontecimiento esperamos sea pretexto e incentivo para emprender una amplia actividad investigadora que permita, entre otras muchas cosas, sacar a la luz importantes documentos de los vastos fondos de nuestro país. Confiamos que la loable iniciativa del Centro Iberoamericano de Cooperación tenga una continuidad y sea seguida por otras entidades.

La obra escogida como número 1 de esta colección es una de las mejores piezas documentales de las conocidas en España que se refieren al México prehispánico: el «Códice Tudela» o «Códice del Museo de América» (preferimos la primera designación por su brevedad y por no ofrecer equívoco con el otro códice de este Museo: el Troano-Cortesiano).

El códice procede de la zona del Valle de México y está fechado en 1553. Acerca de su autor hay diferentes suposiciones. José Tudela de la Orden, que fue subdirector del Museo de América y es el editor del códice, no se atreve sino a señalar que fue un religioso. Wigberto Jiménez Moreno, en el epílogo al estudio que acompaña al facsímil, propone a fray Andrés de Olmos como más probable. George Baudot, en su obra *Utopie et Histoire au Mexique*, Toulouse, 1977, llega por otras vías a la misma conclusión, amparándose en un material documental más amplio.

Formalmente el códice es un libro en 4.º (210 × 154 mm.), encuadernado con pastas de cartón forrado de pergamino. Consta de 125 ff., de espléndido papel de hilo, que conserva la nitidez de las tintas y el brillo de los colores de un modo que la copia fotográfica no consigue reproducir, aunque refleje bien el equilibrio de los tonos.

Su estado de conservación no es muy bueno, estando en general bastante desencuadernado, las hojas tienen sus bordes dañados y algunas están rasgadas, lo cual hace imposible la consulta del original por parte de los investigadores. En nuestro caso, gracias a la amabilidad de algunas encargadas de la Biblioteca del Museo, excepcionalmente hemos podido verlo y proceder a la comparación con el facsímil. En esta comparación hemos podido observar, aparte de la ya apuntada pérdida de nitidez y brillo, que se han recortado en la copia algunos milímetros de los márgenes en sus cuatro lados, quedando así la caja del texto un tanto agobiada. Pero, lo que es más grave, con el deseo de dar a la reproducción un aspecto envejecido, algo exagerado con respecto al original, se han tratado químicamente los bordes de las hojas, con lo que se han perdido algunos milímetros más en los márgenes de modo irregular y en forma diferente en cada copia, que afectan a partes del dibujo y del texto. Con esta misma idea de reflejar en el facsímil el estado del original se ha logrado una reproducción con una encuadernación tan frágil que resistirá con dificultad un uso continuo, imprescindible para su estudio. Todo esto lleva a

pensar que se trata de una edición sensacionalista, dirigida más al coleccionista que al investigador.

Pasando a su contenido, el códice ofrece dos niveles de información complementarios: un rico conjunto de dibujos que guardan bien el estilo prehispánico (exceptuando los tres primeros folios con diferente carácter) y un texto explicativo de esos mismos dibujos, en lengua castellana. Aunque haya un cierto desorden en su línea expositiva, se pueden apreciar las siguientes secciones (las titulamos como lo hace José Tudela en su *Estudio*): 1.º Fiestas de los meses; 2.º Dioses del pulque; 3.º Sortilegios, ofrendas y sacrificios; 4.º Ritos funerarios; 5.º Ofrendas, sacrificios, costumbres y plantas mágicas; 6.º Costumbres de los «yopes»; 7.º Cuenta de los años; 8.º Mantas jerárquicas; 9.º Tonalamatl.

Puede dar idea de la importancia de esta información el hecho de que el Tonalamatl aquí incluido es el único de los conservados que tiene un texto explicativo. Precisamente este punto es destacado de un modo especial en el breve prólogo que Donald Robertson hace al estudio.

José Tudela de la Orden, fallecido hace ya algunos años, hace gala de su erudición en el amplio comentario que acompaña a esta edición. Tras la descripción, historia y algunas notas sobre códices emparentados, procede a analizar meticulosamente, con un estilo similar al de la vieja escuela germánica, el contenido de cada uno de los folios del códice. Este mismo hecho tiene por consecuencia que el tipo de análisis dé una impresión anticuada, sumándose a esto el que se extienda en temas que hoy despiertan menos interés e ignore otros que la moderna investigación coloca en primer plano. Con esto no queremos menospreciar el trabajo hecho ni tampoco dar una idea negativa de él; simplemente damos cuenta de la obra como conjunto, ya que no podemos señalar los aciertos particulares en una recensión de esta índole.

La edición se enriquece con un epílogo de Wigberto Jiménez Moreno, en el que, entre otras cosas, se plantea la cuestión, ya apuntada, del autor. Asimismo se reproducen las tablas comparativas de Ferdinand Anders y Jeffrey Wilkerson. Por último se incluya la transcripción del texto, realizada con esmero por José Tudela.

Para cerrar este comentario diremos algunas palabras sobre la historia de esta edición. El códice fue ofrecido por su antiguo propietario a don Antonio Ballesteros Beretta para su venta. El conocido historiador americanista prefirió que fuera su hijo, don Manuel Ballesteros Galbrois, quien lo inspeccionara como especialista en la materia. De ello resultó la conveniencia de su adquisición por un centro público, que por diversos motivos fue el Museo de América. El subdirector de esta institución, don José Tudela, presentó oficialmente el códice

en el XXVIII Congreso Internacional de Americanistas, París, 1947, cuyas actas se publicaron en 1949; don Manuel Ballesteros, por su parte, publicó en la revista *Saitabí*, tomo VI, Valencia, 1948, un breve comentario donde da cuenta de la existencia de este códice. A partir de estos años, despertado el interés internacional, varios investigadores van a trabajar sobre partes del códice: Donald Robertson y Jeffrey Wilkerson, por ejemplo. También comenzará en este momento a estudiarlo José Tudela, pero su trabajo, acabado hace ya más de un decenio, ha tenido que esperar a estas fechas para ser publicado. No comprendemos las razones que han motivado el retraso de esta edición que figuraba en el catálogo de las Ediciones de Cultura Hispánica al menos desde 1972. Es indudable que este hecho incide negativamente en el estudio publicado, pues motiva un cierto desfase entre su contenido y los conocimientos y nuevos métodos desarrollados a lo largo de estos años. Puede citarse como ejemplo la obra de Georges Baudot, mencionada anteriormente, en la que se sabe poner el códice dentro del contexto de la obra etnográfica realizada por los franciscanos de la primera mitad del siglo XVI, cuestión muy importante a la hora de valorar y utilizar su contenido.

Jesús BUSTAMANTE GARCÍA
Elena DÍAZ RUBIO

DONNAN, Christopher B. *Moche Arte of Peru: Pre-Columbian Symbolic Communication*. Museum of Cultural History. University of California. Los Angeles, 1978. Segunda impresión, 1979. 206 pp. 274 ilustraciones.

La exposición *Moche Arte of Peru: Pre-Columbian Symbolic*, organizada por el Museo de Historia Cultural de la Universidad de California, dio en su día pie a un catálogo titulado *Moche Arte and Iconography*, aparecido en 1976. Este primitivo catálogo ha sido la base de un estudio más amplio, obra de Ch. B. D., que es el que nos ocupa al presente. Comencemos por decir que gracias a la exposición citada, el autor ha tenido en su mano, con la posibilidad de hacer reproducciones, un material que seguramente ni cuando fue confeccionado estuvo reunido. Basta con leer la lista de las treinta y ocho colecciones (museos y particulares) que ha contribuido a posibilitar esta compilación de material. Grandes museos americanos y europeos han sido los fautores de este milagro *mochica*. Recordemos que entre la colección Basler del Museum fuer Voelkerkunde de Berlín (Preussischer Kulturbesitz), probablemente después de la de Madrid (enviada desde Trujillo por el obispo Marrínez Compañón, en el siglo XVIII)

la más antigua, y muy rica, de Europa, y la prodigiosa del Staatliches Museum fuer Voelkerkunde de Munich, y la importante del Museo Nacional de Antropología de Lima, existe ya una base importante para propiciar este reencuentro de las artesanías de Moche.

Probablemente los «huacos» mochicas sean, de todas las producciones cerámicas prehispánicas de América, los más codiciados y famosos, por su aparentemente infinitas posibilidades de expresión artística, por su realismo escultórico y por su simplificación escenográfica, que con muy contados y repetidos recursos nos presenta escenas complicadas, de ritual o de la vida cotidiana. Cantera inmensa aprovechada con fortuna por el malogrado G. Kutscher.

Ch. B. D. organiza su estudio —pues en realidad la obra no es ya un catálogo, sino una ordenación de materiales, conforme a una idea— en ocho apartados, que van introduciendo, con sencillez, pero sin perder en rigor o profundidad en el tratamiento del tema, al lector en un paulatino conocimiento de la materia, conduciéndole sabiamente por los caminos de un entendimiento no sólo de la estética mochica, sino de la propia historia del pueblo, en conexión con las culturas circundantes. La larga experiencia del autor (que desde 1965 viene ocupándose de los temas mochicas) le permite articular este estudio. La introducción (núm. I) realmente coloca al pueblo chimú, o reino de Chimor, hasta su conquista por los incas (que sitúa en 1470), para entrar seguidamente en el arte propiamente dicho (núm. II, pp. 8 a 54), comenzando por la naturaleza simbólica del arte mochica, pasando por los medios o modos de elaboración, una detención en lo que debió ser el artista mochica, para establecer finalmente la cronología, que no lo es *sensu stricto*, sino una verdadera tipología secuencial. Propone, en lo que en cierto modo está conforme con Rafael Larco (*Cronología arqueológica del norte del Perú*, Buenos Aires, 1948), la aceptación de cinco fases (I a V) sobre la forma de los golletes de las vasijas.

Lo que Ch. B. D. llama «archaeological record» (núm. III, pp. 56 a 84) es realmente una clasificación por temas o motivos en la cerámica. Aprovechemos la ocasión para decir (y ello debe su origen a que se hace sobre la base de una exposición) que es la cerámica el objetivo principal del trabajo, aunque aparezcan esporádicamente objetos («artifacts» en la terminología americana) de madera o de metal. Naturalmente, la fauna (terrestre, marítima o volátil) ocupa un espacio digno, dada la importancia que en la temática mochica ocupa, en bulto o en pintura, todo lo relativo a la naturaleza, incluidas las aguas y los montes. Incluso el apartado final de este capítulo, «Architecture», no se refiere a ésta (aunque el arte mochica sí le concede importancia en sus construcciones), sino a su representación en la cerámica.

Lo que el autor llama «Historical Record» es en realidad una compilación de escritos de Las Casas (que recoge datos de segunda mano), de Román y Zamora, de Calancha y otros, pero siempre según el testimonio de otros autores, como Ph. A. Means. No parece haberse dedicado a una consulta directa de las fuentes, y así, cuando cita a Fr. Martín de Murúa, lo hace como Morúa, desconociendo la edición de la totalidad de la obra, hecha por mí en 1962 (2 vols., Madrid). En otras palabras, recoge los pocos testimonios que los españoles dieron de un reino desaparecido sesenta años antes de la Conquista. Este punto IV, los puntos VI (Aproximación a la temática) y el V (Récord etnográfico) nos muestran que éste es precisamente el campo en el que el autor se mueve con mayor conocimiento de causa, pues es su materia, que se cumple, con gran aducción de ilustraciones, excelentemente escogidas, con lo que llama «Nonsecular natura of Moche Arte» (núm. VII), insistiendo en lo que ya hizo sobre el particular G. Kutscher.

La bibliografía es abundante, pero a veces sorprendente. Es curioso que no mencione (o sea, que no ha consultado) el libro, gráfico como el suyo, de Heinrich Doering (*Altperuanische Gefässmalereien*, Marburg, 1926), o el otro del mismo autor, *Kulturen Art Perus*, Tübingen, Verlag E. Wasmuth, y sí uno de este gran peruanista, que nada tiene que ver con Moche, titulado *On the royal highway of the Inca*, editado en 1967. Más extrañeza causa la ausencia total del nombre de Max Uhle, colector de colecciones de Moche, estudiadas precisamente en California por Alfred L. Kroeber, en 1925, en su minucioso, sistemático y clasificatorio estudio sobre *The Uhle Pottery Collections from Moche*, aparecido en las «University of California Publications in American Archaeology and Ethnology», vol. 21, núm. 3, pp. 191-234, de Berkeley.

Un libro interesantísimo, de gran riqueza gráfica y excelente.

M. BALLESTEROS GAIBROIS

MARTÍNEZ COMPAÑÓN, Baltasar Jaime. *Trujillo del Perú en el siglo XVIII*. Tomo I. Edición facsimilar. Ediciones de Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación. Madrid, 1978.

Las Ediciones de Cultura Hispánica publican ahora en facsímil uno de los libros más esperados y bellos que se conservan en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid. El primer tomo de los nueve que consta la obra completa.

En la comparación que hemos hecho con el manuscrito hemos podido comprobar que la reproducción es de gran calidad, aunque al estar impresa en un papel de extrema blancura falsea en cierto modo los colores que tiene la acuarela original, ya que los tonos transparentes de ésta están afectados por la amarillez del papel.

El facsímil está acompañado de un folleto de 35 pp., que incluye un prólogo de su Majestad el Rey Juan Carlos I, en el que se dedica la obra al Perú y a los estudiosos de las cosas peruanas. En dicho prólogo se destaca la importancia de esta edición y la necesidad de su continuación; esperamos que este deseo regie, con el que estamos de acuerdo todos, sea satisfecho. Por último señala la necesidad de preparar adecuadamente el 500 aniversario del descubrimiento de América. De nuevo esperamos que esta observación tenga la debida respuesta.

Al prólogo de su Majestad sigue una nota editorial que trata de suplir la enorme falta que tiene la edición: la carencia de un estudio introductorio. Conscientes del defecto, se ha procurado subsanarlo prometiendo la publicación futura de estudios complementarios, cosa que estamos seguros se hará, pero dudamos de la identidad de la editorial, sobre todo al añadirse en la misma línea «—(estudios) que su propia aparición (la del facsímil) ha de suscitar o facilitar—» (p. 11). Igualmente con la misma intención se han añadido una carta y un breve informe de Raúl Porras Barrenechea (ya publicados en 1948 por *El Comercio*, de Lima), que no hacen sino dar una sucinta descripción de la obra.

La editorial nos da una lista de los trabajos realizados en torno a ella para suplir el vacío —ahora y quizá— en el futuro, pues, aunque ya está en preparación, sabemos que hay problemas con la edición del segundo volumen, lo cual no es buen augurio para una edición de nueve tomos, y ya conocemos la larga tradición de las series inacabadas. En esta lista hemos podido observar lagunas, pues no aparecen los estudios realizados a partir de 1936, con la excepción del libro divulgativo de Matilde López Serrano (publicado por la Editorial del Patrimonio Nacional en 1976).

La obra de Martínez Compañón tiene una gran importancia y creemos imprescindible que se edite completa y tan dignamente como Cultura Hispánica lo hace en el primer volumen. Este documento es en realidad un vasto informe ilustrado complementario de un texto desconocido que se elaboró en la visita pastoral que el obispo de Trujillo del Perú hizo a su diócesis entre 1782 y 1785. En sí mismo no contiene escritos, salvo las tablas estadísticas del primer volumen y las rotulaciones de los dibujos. Precisamente sabemos por estas tablas la identidad del autor, su intención y que se elaboraba en 1789.

Extractando a grandes rasgos el contenido de la obra obtenemos este índice:

- Tomo I. Geografía, física y humana. Se incluyen mapas, planos, tablas estadísticas, retratos de las autoridades civiles y religiosas.
- Tomo II. Etnología. Ilustraciones sobre los usos y costumbres de la población indígena.
- Tomo III. Botánica. Árboles.
- Tomo IV. Botánica. Hierbas y flores.
- Tomo V. Botánica. Plantas medicinales.
- Tomo VI. Zoología. Cuadrúpedos.
- Tomo VII. Zoología. Aves.
- Tomo VIII. Zoología. Peces.
- Tomo IX. Arqueología. Planos de lugares arqueológicos y dibujos de tumbas, tejidos, cerámica, etc.

De este índice se desprende ya la trascendencia de la obra para los estudios sobre el Perú. Sin embargo, es difícil trabajar con ella como consecuencia de su carácter exclusivamente figurativo. La obra debe acompañarse de un estudio adecuado que incluya un análisis de la geografía (sistemas de asentamiento, distribución y composición de la población, estamentos, etc.), de la etnología (identificar y explicar los cuadros de costumbres, analizar el proceso de aculturación, etc.), de la botánica y zoología (identificación de las especies vegetales y animales) y de la arqueología (identificación de los materiales presentados y comparación con los actuales. En este aspecto no debe olvidarse que algunas piezas dibujadas en la obra se encuentran hoy en el Museo de América de Madrid, en la colección que el propio Martínez Compañón regaló al rey). Solamente este estudio, que debe constituir el texto del que carecemos, permitirá trabajar adecuadamente sobre la fuente en cuestión y explotarla en profundidad y en toda su extensión.

Nuestra crítica va orientada a la falta de este estudio. Nos permitimos recordar que en la Universidad Complutense hay un Departamento de Antropología y Etnología de América y que en él hay personas dedicadas a este tema.

Jesús BUSTAMANTE GARCÍA
Elena DÍAZ RUBIO

ALCINA FRANCH, José (Ed.). «Economía y Sociedad en los Andes y Mesoamérica». *Revista de la Universidad Complutense*. XXVIII, 117. 504 pp. Madrid, 1979.

Bajo este título se publican las ponencias presentadas dentro del Simposio de igual nombre que se celebró en Madrid en el mes de noviembre de 1978. El Simposio fue organizado por José Alcina Franch, que también se ha encargado de la edición de sus «actas», recogidas en el presente volumen.

La comparación de las dos áreas básicas de la América Nuclear, los Andes y Mesoamérica, que comienza con la *Historia natural y moral de las Indias*, del Padre Acosta, ha motivado una serie de reuniones de estudiosos del tema, especialmente a partir del XXXIX Congreso Internacional de Americanistas de 1970. La reunión de Madrid ocuparía cronológicamente el tercer lugar en la serie iniciada en dicho Congreso, después de las de Guayaquil y México.

La orientación metodológica del Simposio se basó en la aplicación del método etnohistórico, cuyo desarrollo se debe fundamentalmente a la utilización que de él han hecho los americanistas.

El Simposio se abrió con dos ponencias de carácter global en las que se atendía por igual las dos zonas objeto de estudio. La primera de ellas, *Notas para una comparación de los sistemas socioeconómicos de Mesoamérica y los Andes en el momento del contacto*, de Angel Palerm, no se publica dentro de esta obra, que comienza con la segunda comunicación, sobre *Los reinos de Méjico y de Cuzco en la obra del Padre Acosta*, de Fermín del Pino. Las restantes ponencias tratan de Mesoamérica o de los Andes, presentándose en ese mismo orden. Las dos primeras, que se refieren al área mesoamericana, tratan acerca de los problemas geopolíticos de los estados del altiplano central; son la de Brigitte B. de Lameiras, sobre *La estrategia geopolítica de los estados del altiplano mesoamericano: Teotihuacán, Tula, los Chichimecas y los Mexicas*, y la de Johanna Broda, sobre *Aspectos socioeconómicos e ideológicos de la expansión del Estado Mexica*.

José Alcina Franch se ocupa de las creencias en la región de Oaxaca en *Servidores del ritual y la magia en el medio rural mesoamericano durante el período colonial*. Sobre Guatemala en el siglo XVI tratan tres comunicaciones: Alfredo Jiménez, sobre *Política española y estructura indígena: el área maya en el siglo XVI*; Beatriz Suñe trata acerca de *El Corregidor del Valle de Guatemala: una institución española para el control de la población indígena*, y Pilar Sanchiz Ochoa expone el *Cambio en la estructura familiar indígena: influencias de la Iglesia y la Encomienda en Guatemala*. Las tierras altas guatemaltecas son tratadas por Salvador Rodríguez Becerra en *Formaciones sociales prehispánicas y coloniales en Guatemala*, y Miguel Rivera

Dorado conjunta el método etnohistórico y el arqueológico al referirse a las tierras bajas en *Los mayas y el modo de producción asiático*.

En las dos últimas comunicaciones sobre Mesoamérica se intenta aplicar el modelo andino de verticalidad de John Murra a México Central (Pedro Carrasco, *La aplicabilidad a Mesoamérica del modelo andino de verticalidad*) y a la costa guatemalteca del Pacífico (Eliás Zamora, *El control vertical de diferentes pisos ecológicos: aplicación del modelo al occidente de Guatemala*).

Con la ponencia de John Murra, sobre los *Derechos a las tierras en el Tawantinsuyu*, entramos en la problemática del mundo andino. También trata del aspecto económico María Concepción Bravo Guerreira (*La economía andina del siglo XVI: continuidad y cambios en los mecanismos de producción y distribución*). El mundo mítico y religioso es interpretado desde la óptica estructuralista en las comunicaciones sobre *El Ushnu*, de R. Tom Zuidema, y sobre *La guerra entre el Cuzco y los Chancas: ¿historia o mito?*, de Pierre Duviols.

Udo Oberem y Roswith Hartmann escriben acerca de los *Indios cañaris de la Sierra Sur del Ecuador en el Cuzco del siglo XVI*. Claudio Esteva Fábregat se ocupa de la definición de *El campesino andino como clase social*, en tanto que Manuel Ballesteros Gaibrois y M. C. Martín-Rubio tratan sobre las *Supervivencias del «ayllu» andino y sus características (Comarca de El Cuzco)*. A continuación se incluyen dos ponencias sobre la zona costera del área andina a cargo de María Rostworowski de Díez Canseco (*La costa peruana prehispánica*) y de Adam Szasdi y Dora León Borja (*Los recursos y el desarrollo económico de Guayaquil: 1535-1605*). *La mano de obra negra en el Virreinato (siglo XVI)*, de Vicenta Cortés, que trata acerca de la introducción y papel económico de la raza negra en la América española del siglo XVI, pone punto final a esta publicación de la Universidad Complutense de Madrid.

M.^a Elena LÓPEZ DE LA FUENTE

HARTMANN, Roswith, y OBEREM, Udo (eds.). *Estudios americanistas*. Collectanea Instituti Anthropos. Vols. 20 y 21. Haus Völker und Kulturen, Anthropos-Institut. St. Augustin, 1979. 2 vols. de 357 y 350 pp.

Los volúmenes 20 y 21 de la *Collectanea Instituti Anthropos* están dedicados a temas americanistas como homenaje al profesor Hermann Trimborn, cuya vida científica ha estado consagrada al estudio de las culturas prehispánicas del Nuevo Mundo.

Comentar, aunque sea con brevedad, los distintos ensayos que componen el homenaje al doctor Trimborn es una tarea que escapa a los limitados márgenes de una recensión, máxime si se tiene en cuenta que el número de trabajos publicados es de sesenta y nueve.

La mayor parte de las aportaciones tratan sobre el área andina, puesto que el profesor Trimborn estudió preferentemente dicha zona. Por supuesto hay importantes artículos sobre Mesoamérica y otras regiones.

El elevado nivel científico de *Estudios americanistas* se debe en gran medida a la tarea de los editores, que han recopilado ensayos de los mejores especialistas europeos e hispanoamericanos. Una sumaria e incompleta lista incluiría autores de la talla de Pierre Duviols, Ursula Dickerhoff, Waldemar Espinosa, Dick E. Ibarra Grasso, Friedrich Katz, Federico Kauffmann Doig, John V. Murra, Karl A. Nowotny, Udo Oberem, Román Piña Chan, María Rostworowski, Doris Stone y R. T. Zuidema, por citar sólo a los más conocidos de los estudiantes hispanos.

Dada la vinculación del profesor Trimborn con el americanismo español —el investigador alemán ocupó de 1933 a 1936 la «Cátedra de Arqueología Precolombina y Etnología de América» de la Universidad de Madrid—, no podía faltar, lógicamente, la participación española en el homenaje al doctor Trimborn. La intervención hispana está a cargo de los doctores Alcina, Ballesteros y Tovar, que presentan sendos artículos sobre arqueología («Nuevas perspectivas acerca de la arqueología de Esmeraldas, Ecuador»), etnohistoria («Relación entre Fray Martín de Murúa y Felipe Huamán Poma de Ayala») y lingüística («Quechua y no quechua en el Diccionario de la Real Academia Española»), respectivamente.

A nuestro entender, uno de los grandes méritos del libro es la abundante información que suministra al investigador español sobre el americanismo germano, ya que la participación alemana es muy numerosa. *Estudios americanistas* nos proporciona, pues, una visión bastante completa de la ciencia americanista alemana.

Por lo que respecta a los temas planteados, éstos abarcan disciplinas muy diversas: arqueología, lingüística, etnología y antropología.

Un aspecto que creemos de interés es la presencia en la obra de ensayos dedicados a estudiar la economía, la sociedad y el folclore del período colonial. Evidentemente, aunque todos tratan en mayor o menor medida la problemática indígena, el lector no puede dejar de preguntarse si no se encuentra ante trabajos puramente históricos y, en consecuencia, bastante alejados de los objetivos de la etnohistoria.

Sin duda alguna, el gran defecto del volumen reside en el deficiente tratamiento que se da a las dos grandes civilizaciones de Mesoamérica, pues sólo se publican tres trabajos sobre mayas y mexicas: *Die Schlan-*

genzahlen der dresdener Mayahandschrifts, de F. J. Hochleitner; *Gedanken zur frage von 'heilzen tren' in Mesoamerika*, de H. Krumbach; *Aussagen der pragmatischen Geschichtsschreibung des vorspanischen Tenochtitlan*, de K. A. Nowotny, y *Evolución sociocultural de Teotihuacan*, de R. Piña Chan.

Carencia que para los mesoamericanistas es más penosa al comprobar que colaboran en el homenaje los mejores mexicanistas de lengua alemana, tales como F. Katz, U. Dyckerhoff y H. Prem, quienes, lamentablemente, dedican sus estudios a temas de historia colonial.

Finalmente, nos gustaría hacer una consideración de tipo formal. Los dos volúmenes debían de haber sido publicados íntegramente en alemán, puesto que tal es el idioma de los editores. La aparición de artículos en castellano, alemán, inglés y francés implica el dominio de cuatro lenguas, lo cual, francamente, hace inaccesible *Estudios americanistas* para muchos investigadores del Nuevo Mundo.

Germán VÁZQUEZ CHAMORRO

ZUBRITSKY, Yuri. *Los Incas-quechuas*. Editorial Progreso. Moscú, 1979. 167 pp.

Desde que en 1924 D. N. Egorov tradujo al ruso la célebre crónica de Bernal Díaz del Castillo, muchos han sido los historiadores y antropólogos soviéticos que se han ocupado de la evolución sociocultural del Nuevo Mundo.

Lógicamente, las publicaciones americanísticas de la URSS están redactadas en lengua rusa, de forma que resulta muy difícil para los investigadores españoles obtener información sobre las teorías y métodos utilizados por los autores soviéticos. Debemos, pues, felicitar a la Editorial Progreso por editar en castellano *Los Incas-quechuas*, una obra cuyo contenido analiza un tema de gran interés para los andinistas: el desarrollo histórico-étnico del pueblo quechua.

Aunque la problemática ha sido estudiada en numerosas ocasiones, Yuri Zubritsky nos da una visión muy distinta a la que se suele presentar en las monografías occidentales. La razón principal reside, sin duda alguna, en el empleo de modelos explicativos procedentes del materialismo histórico marxista, teoría muy poco empleada por los antropólogos y etnohistoriadores peruanistas.

La división del trabajo en tres capítulos se corresponde con los tres grandes períodos que, según Zubritsky, se pueden establecer en la evolución sociocultural de la población quechua: prehispánico, colonial e independentista.

Las páginas correspondientes a la época prehispánica se dedican a estudiar el régimen social del Tahuantinsuyu y el nacimiento de la nacionalidad quechua.

La contribución del historiador soviético al polémico tema de la organización sociopolítica incaica nos parece de gran importancia, puesto que suministra una serie de datos que permiten cuestionar una de las teorías más populares sobre el incanato, su carácter «socialista» o «comunista». La ortodoxia del método marxista es indudable; pero particularmente creemos que las conclusiones son muy discutibles, ya que la estructura inca se asemeja más al modelo «oriental» formulado por Karl Marx en las *Formaciones económicas precapitalistas* que a las sociedades despótico-esclavistas.

El nacimiento de la nacionalidad quechua es quizá la parte más notable del libro. Basándose en la extensión del imperio inca, Zubritsky llega a la conclusión de que la quechuanización de las otras etnias andinas provocó la aparición de una incipiente nacionalidad inca de carácter supraétnico. La difusión del idioma quechua, la implantación del culto a Viracocha y el empleo de procesos de aculturación fueron los elementos claves para la formación de la nación inca, único sistema de conservar unido el imperio.

Sinceramente creemos que estudiantes y estudiosos de la cultura inca deberían leer este capítulo, ya que hace hincapié en los conflictos de clase, un aspecto muy poco tratado en las investigaciones occidentales.

La situación de los quechuas durante la colonia es el tema del segundo capítulo. Tras estudiar las causas que motivaron la caída del Tahuantinsuyu, el autor soviético analiza la repercusión de las relaciones de producción virreinales en el proceso étnico quechua. Según él, éste se vio favorecido por la interacción de tres factores: la reclutación de indígenas de distintas etnias para las instituciones económicas coloniales, el empleo del idioma quechua por los misioneros y la huida de indígenas incas a territorios «libres» habitados por otros pueblos.

Ahora bien, sin ánimo apologético nos vemos obligados a mostrar nuestra disconformidad con la descripción que Zubritsky da de la colonización hispana, pues sólo refleja lo negativo.

El tercer y último capítulo abarca los problemas y la situación actual de la sociedad quechua. Aunque existen una serie de elementos que dificultan el proceso de consolidación étnica —fundamentalmente la pluralidad de dialectos, la división del territorio quechua en varias naciones y la cultura criollo-mestiza—, Zubritsky concluye que puede hablarse de una nación quechua. Conclusión muy discutible.

Nos gustaría finalizar con una referencia a la opinión del investigador soviético sobre el indigenismo, quien ve en él una filantropía

ineficaz en el mejor de los casos. A nuestro entender, las duras críticas que se lanzan contra el movimiento indigenista son, junto con la parte prehispánica, lo mejor del libro. Desde luego constituyen una lectura indispensable para todos aquellos que se interesan por tales cuestiones.

Germán VÁZQUEZ CHAMORRO

La antropología americanista en la actualidad. Homenaje a Raphael Girard. Editores Mexicanos Unidos. México, 1980. 2 vols.: I: 596 pp.; II: 596 pp.

Ante estos dos gruesos volúmenes, que agrupan un total de casi 80 artículos, cabe preguntarse si se han cumplido las intenciones de los editores de presentar «los últimos descubrimientos de los americanistas en lo referente al campo de la antropología y otras ciencias sociales afines, así como del resto de las humanidades» (vol. I, p. 17). A pesar de la inclusión de artículos de investigadores de la categoría de Gordon Willey, los Vogt, Reichel-Dolmatoff, Alcina, Esteva, Broda y algunas firmas más, es evidente que no «están todos los que son»; las ausencias son demasiado numerosas y significativas, y el título de la obra no se corresponde con el contenido de la misma.

La presentación de la figura de Girard corre a cargo del doctor Horacio Figueroa, miembro del Comité del Libro-Homenaje a R. Girard, que se ha ocupado de la publicación de éste. Figueroa hace una semblanza biográfica del homenajeado en la que falta profundidad en los aspectos referentes a la formación de Girard como científico; los datos que ofrece son superficiales, de forma que conocemos más sobre las actividades del Girard ingeniero que sobre las corrientes de pensamiento y los maestros que modelaron o influyeron en su formación científica. Por otra parte, la admiración personal de Figueroa hacia Girard le conduce a una exagerada magnificación de la figura de este último, que es presentado como el primer investigador que comprende las ventajas de la interdisciplinariedad, lo que, aplicado a nuestro tiempo, le lleva a la invención del método etnohistórico. También sería Girard el primer antropólogo que adoptó una perspectiva emic en su relación con individuos de otras culturas.

Tras una *Bibliografía no exhaustiva de Raphael Girard*, José Castañeda, Director del Instituto Indigenista Nacional de Guatemala, escribe sobre *Raphael Girard, insigne americanista*. Este artículo tiene una estructura algo confusa, ya que se mezcla el ensayo con la entrevista. Dentro de esta última, Girard expone sus teorías sobre el Popol Vuh con tal amplitud que desborda la simple respuesta a las preguntas formuladas por su interlocutor; hay dos temas principales,

cada uno de los cuales constituiría, dada la extensión con que son tratados, un mini-artículo: la asimilación de los períodos míticos del Popol Vuh a períodos históricos concretos del pueblo quiché y la interpretación del sistema calendárico maya. Girard se reafirma en sus tesis, ya conocidas, y sobre las cuales hay una gran diversidad de opiniones. Se echa en falta la publicación de «los conceptos formulados por varios hombres de ciencia, como los que cito por aparte, para confirmar el alto nivel en que se ha colocado este insigne mayista. Nada o poco podría agregarse a tan doctas opiniones. La entusiasta aprobación que dan autorizados científicos a los hechos sustentados por Girard lo sitúan, sin duda, en el más alto nivel que pueda alcanzar por el conjunto de su obra un investigador americanista, el primer historiador de la América Antigua» (vol. I, p. 93). Según nota del Comité Editorial, estas notas no se publican en la obra por falta de espacio.

En resumen, en estas casi 1.200 páginas desfila una gran variedad de temas, arqueológicos, antropológicos, etnohistóricos, lingüísticos, indigenistas, etc., cuya calidad e interés son igualmente variados. El valor del conjunto reside en su carácter de libro-homenaje, ya que el panorama que nos ofrece es demasiado fragmentario e incompleto para poder ser considerado como «la antropología americanista en la actualidad».

M.^a Elena LÓPEZ DE LA FUENTE

Pintura del Gobernador, Alcaldes y Regidores de México. (Códice Osuna), Libro del Buen Gobernador. Ed. Facsímil 1565). Introducción de D.^a Vicenta Cortés Alonso. 122 pp., en color. 35 × 25. Madrid, 1973.

Pintura del Gobernador, Alcaldes y Regidores de México. (Códice Osuna). Estudio y transcripción de D.^a Vicenta Cortés Alonso. Madrid, 1976.

Reseñamos aquí una obra cuyos dos volúmenes han sido publicados con fechas diferentes. En 1973 se editó el facsímil del texto con un breve estudio introductorio de 12 pp., dado al público como edición acabada, pero incompleta y prometiendo la futura publicación de la transcripción, constituye hoy el tomo I de la obra. Ha habido que esperar hasta 1977 (el copyright es de 1976) para ver completada esta edición con un segundo tomo que incluye un estudio introductorio (de 20 pp.), la transcripción del texto con la traducción de sus partes en lengua náhuatl (de 102 pp.) y un anexo con un estudio de las filigranas del papel hecho por M.^a Carmen Hidalgo Brinquis (de

16 pp.). Ambos tomos son presentados hoy en una carpeta que los reúne.

La empresa de la publicación de este precioso manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid ha sido emprendida por el Ministerio de Educación y Ciencia (el mismo organismo que publicó en 1969 una edición facsimilar de otro precioso documento de la misma Biblioteca, el catecismo de fray Pedro de Gante) y ha estado a cargo de la doctora Vicenta Cortés Alonso, Inspectora General de Archivos y profesora, en una situación algo inestable, en el Departamento de Antropología y Etnología de América de la Universidad Complutense de Madrid.

La intención de la edición ha sido, sin duda, publicar el texto lo más fiel y adecuadamente posible, lo que desde luego se ha conseguido por completo.

El primer volumen se abre con un estudio introductorio en el que se caracteriza el documento, devolviéndole su identidad de conjunto amalgamado de pliegos extraídos, por su belleza formal, ya que están escritos con pictografías indígenas, del legajo de informes que se formó entre 1563 y 1566 como consecuencia de la visita que el licenciado don Jerónimo de Valderrama hizo a México por orden de Felipe II. Sigue con un detalle de la historia reciente de la «Pintura» y de las dos publicaciones que ha conocido, ambas insatisfactorias. La primera (Madrid, 1878), por ser copia redibujada del original con sólo 100 ejemplares; la segunda (México, 1947), por ser una reproducción facsimilar reducida de la primera, aunque enriquecida por la transcripción del texto y la traducción de sus partes en náhuatl, así como la inclusión de otros valiosos documentos.

El núcleo de este primer volumen lo constituye el facsímil, de una gran fidelidad gráfica e impreso en papel acuarela «Ingres» que le da calidades de original. La comparación hecha con el manuscrito guardado en la B. N. M. avala los buenos resultados obtenidos como media general, aunque haya una pérdida en la nitidez y brillantez de los colores.

En el segundo volumen, la doctora Vicenta Cortés amplía la información que ofrece en la introducción al primero. Comienza insistiendo en los mismos puntos allí indicados, para continuar con el proceso de redacción que demuestra la falsa unidad del «códice», que en realidad no es sino un conjunto de «testimonios» unidos por la encuadernación posterior. Los minuciosos detalles que proporciona son en parte extraídos del estudio de las filigranas del papel, trabajo realizado por M.^a Carmen Hidalgo Brinquis e incluido como Anexo número 1 en este mismo volumen. La presentación termina con algunas líneas acerca de los autores, que pueden ser colocados en tres

niveles diferentes: los autores de las pictografías, los redactores de los textos en lengua náhuatl y los redactores de los textos en lengua castellana. Por lo cual la doctora Vicenta Cortés resalta el valor del documento como medio para estudiar el proceso de transculturación en estos primeros momentos de la colonia, ya que en su información se reflejan simultáneamente, pero de forma diferenciada, las mentalidades de los distintos grupos.

El núcleo de este segundo volumen lo forma la transcripción, muy cuidada, del texto y la traducción de sus partes en lengua náhuatl (traducción tomada de la edición de 1947, revisada por M. León-Portilla).

El resultado obtenido en esta edición es publicar el documento lo más fielmente posible, no sólo con la simple reproducción fotográfica, sino acompañada de un riguroso y ejemplar estudio formal, queda así dispuesto para que los investigadores procedan a su análisis interno, aspecto que queda prístino en esta edición, lamentablemente.

Jesús BUSTAMANTE GARCÍA
Elena DÍAZ RUBIO